

ni cruces de oro, y se conocía que no era por carecer de ellos, sino por miedo á la multa. La compañera iba vestida casi del mismo modo, pero habia en su tocado y sobre todo en su porte un no sé qué que olía á mujer de notario de provincia. Se conocía, por el modo de subirse el cinturón mucho más arriba de las caderas, que no estaba mucho tiempo en París; añádase á esto que usaba una gorguera con pliegues, lazos en los zapatos, que las rayas de la saya eran horizontales y no verticales, y otras cosas que indicaban mal gusto en el vestir.

Las dos primeras andaban con el paso peculiar á las parisienses que enseñan su capital á las provincianas; la provinciana traía de la mano un muchacho grueso, el cual llevaba en la suya una torta. Sentimos tener que añadir que, atendiendo al rigor de la estación, la lengua le servía de pañuelo.

Hacíase arrastrar el muchacho *non passibus æquis*, como dice Virgilio, y tropezaba á cada instante, lo que enfurecía á su madre; verdad es que él miraba más á la torta que al suelo. Algun grave motivo, sin duda, le impedía hincarla el diente, pero se limitaba á contemplarla con ternura: la madre debía haberse encargado de llevarla, porque era una crueldad convertir en Tántalo á aquel niño mofletado.

Entre tanto las tres señoritas (porque la denominación de *señoras* se reservaba entonces para las mujeres nobles) hablaban las tres á la vez.

—Vamos pronto, Mahieta, decía la más joven y más gruesa de las tres á la provinciana. Temo que lleguemos muy tarde; en el Chatelet nos dijeron que iban á llevarle al instante á la picota.

—No hay prisa, Oudarda, replicaba la otra parisiense; tiene que estar dos horas en la picota; tenemos tiempo. ¿Habeis visto sacar alguno á la vergüenza?

—Sí, contestó la provinciana; en Reims.

—Bah! ¿y qué es la picota de Reims más que una mala jaula, en la que no se dá tormento más que á aldeanos? ¡Valiente cosa!

—Nada de eso; allí hemos visto grandes criminales que habian matado á su padre y á su madre; vaya unos aldeanos! por quién nos tomáis, Gervasia?

La provinciana estaba á punto de amostazarse seriamente por el honor de su picota; por fortuna la discreta Oudarda mudó á tiempo la conversacion.

—A propósito, Mahieta; ¿qué decís de

los embajadores flamencos? ¿Los teneis tan hermosos en Reims?

—Confieso, contestó la aludida, que no hay como Paris para ver flamencos semejantes.

—¿Visteis entre ellos al embajador que es calcetero? preguntó Oudarda.

—Sí, contestó Mahieta; parece Saturno.

—¿Y á aquel grueso que tiene la cara como una barriga desnuda? ¿Y á aquel pequeño, que tiene los ojos ribeteados de encarnado, barbudo y con más puntas que una cabeza de cardo?

—Lo que es digno de verse son sus caballos, dijo Oudarda, enjaezados al estilo de su país.

—Ay, amiga mia! le contestó Mahieta, tomando á su vez aire de superioridad; ¿qué diríais si hubiérais visto en la consagración de Reims, diez y ocho años hace, los caballos de los príncipes y de la comitiva real? Llevaban jaeces y caparazones de todas clases; unos de paño de damasco, de paño fino de oro, forrados de martas; otros de terciopelo forrados de armiño; otros recamados de rica argentería y con campanillas de oro y plata. Qué dinerál costó aquello! ¡Qué pajecillos tan bonitos iban encima!

—Eso no impide, replicó con aspereza la señorita Oudarda, que los flamencos traigan hermosísimos caballos, ni que cenaran ayer regíamente con el preboste de los mercaderes en la casa del Municipio, en cuya cena se les sirvieron confites, hipocrás, especierías y otras cosas raras.

—Qué estais diciendo? exclamó Gervasia; los flamencos han cenado con el señor cardenal en el palacio del Petit-Bourbon.

—No; en el palacio Municipal.

—No; en el Petit-Bourbon.

—Tan cierto es que cenaron en el palacio Municipal, contestó Oudarda con aspereza, que el doctor Sconrable les dirigió un discurso en latin, del que quedaron muy satisfechos; mi marido, que es librero jurado, me lo ha dicho.

—Tan cierto es que cenaron en el Petit-Bourbon, respondió Gervasia con igual viveza, que voy á decir la cena que les presentó el procurador del señor cardenal: doce dobles cuartos de hipocrás blanco, clarete y tinto; veinticuatro canastillas de mazapan doble de Leon, dorado; otras tantas cajas de dos libras cada pieza, y seis medias pipas de vino de Beaune, blanco y clarete. Lo sé por mi marido, que es cincuentenero del Parloir-aux-Bourgeois, y comparaba esta

mañana á los embajadores flamencos con los del preste Juan y del emperador de Trebisonda, que vinieron de Mesopotamia á Paris en tiempos del último rey y que llevaban pendientes.

—Tan cierto es que cenaron en el palacio Municipal, replicó Oudarda, poco convencida por la anterior relacion, que nunca se vió allí tal profusion de viandas ni de confites.

—Pues yo repito que les sirvió Le Sec, alabardero de la ciudad, en el palacio del Petit-Bourbon, y que estais equivocada.

—Os vuelvo á decir que fué en el palacio del Municipio.

—En el Petit-Bourbon; como que estaba iluminada con candelas mágicas la palabra *Esperanza*, que está escrita sobre la fachada principal.

—En la casa del Municipio; ¡como que Husson-le-Voir tocaba la flauta!

—No.

—Sí.

—No.

Preparábase á replicar la gruesa Oudarda y hubieran quizás acabado por arañarse, si Mahieta no hubiera exclamado de repente:

—Mirad qué gentío se reúne allá abajo, en el puente. Están mirando algo!

—Sí, contestó Gervasia; oigo tocar un tamboril. Será Esmeralda, que cantará y mandará á su cabra que haga habilidades. Andemos de prisa, Mahieta, y traed á rastras á vuestro chico. Habeis venido á ver las curiosidades de Paris; ayer le tocó el turno á los embajadores y hoy vamos á ver á la gitana.

—A la gitana! exclamó Mahieta, retrocediendo y apretando con fuerza el brazo de su hijo. Dios me libre! ¡Me robaria á mi hijo! No te separes de mí, Eustaquio.

Diciendo lo anterior echó á correr por el muelle hácia la plaza de la Grève, hasta que dejó el puente detrás de ella; pero el muchacho, al que ella arrastraba, cayó de rodillas, por lo que su madre se detuvo sofocada; entonces Oudarda y Gervasia se incorporaron á la provinciana y á su hijo.

—¿Creeis que la gitana os ha de robar á vuestro niño? Vaya una idea singular! dijo Gervasia.

Mahieta la miró con aire pensativo.

—Pero es más singular todavía, añadió Oudarda, que la reclusa tenga la misma idea de las gitanas.

—Quién es la reclusa? preguntó la provinciana.

—Toma! la hermana Gudula.

—Quién es la hermana Gudula?

—No lo sabeis? ¡es claro, como venís de Reims!... Es la reclusa de la cueva de la Torre-Roland.

—Cómo! ¿es la pobre mujer á la que llevamos esta torta?

Oudarda hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Precisamente ahora la vereis por la ventana de su covacha, que cae á la plaza de la Grève; ella tiene la misma opinion que vos de esos vagabundos de Egipto que bailan y dicen la buenaventura; nadie sabe por qué mira con horror á los gitanos. Pero vos, Mahieta, ¿por qué correis al ver de lejos á una gitana?

—Ah! exclamó Mahieta, estrechando con las dos manos la redonda cabeza de su chico; porque no quiero que me suceda lo que le sucedió á Paquita la Chantefleuri.

—Contadnos esa historia, mi querida Mahieta, dijo Gervasia cogiéndola por el brazo.

—Con mucho gusto, respondió ésta; pero ¡es preciso ser de Paris para no saber esa historia! Os la referiré, pero paremos, para que os la pueda contar bien. Paquita Chantefleuri era una hermosa jóven de diez y ocho años, como yo los tenia entonces, hace diez y ocho años, y ella se tiene la culpa de no ser hoy, como yo, una gruesa matrona de treinta y seis, con marido y con un hijo. Era esa jóven hija de Guybertant, músico de los barqueros de Reims, el que tocó delante de Carlos VII durante su consagración, cuando pasó el rio de Vesle, desde Sillery hasta Muison; por más señas que la Doncella de Orleans iba en el barco. Murió el anciano padre cuando Paquita era todavía muy niña, pero ya no la quedaba más familia que su madre, hermana del señor Prandon, azofarero y calderero de Paris, el cual murió el año pasado. Ya veis que era de buena familia. Desgraciadamente su madre era una bendita mujer, que solo enseñó á Paquita algo de bordar y á hacer algunos juguetes para los niños, lo que no impidió que la muchacha creciese y que fuese cada día más pobre. Vivian las dos en la calle de Folle-Peine. El año 61, que fué el de la consagración de nuestro rey Luis XI, que Dios guarde, Paquita era tan alegre y tan hermosa que todos la llamaban la Chantefleuri (*canto florido*). ¡Pobre jóven! Tenia los dientes muy bonitos y se reía para enseñarlos, y sabido es que

una muchacha que rie mucho está muy expuesta á llorar; los buenos dientes echan á perder los buenos ojos. Ella y su madre ganaban la vida á duras penas, como que vinieron á menos con la muerte de Prandon. La venta de juguetes no las producía casi nada. Un invierno, el del año 61, en el que las dos mujeres no tenían leña ni fuego, y hacía mucho frío, tenía tan buenos colores la Chantefleuri, que los hombres la llamaban: Paquita! Paquita! y la pobre se perdió.—Eustaquio, que no muerdas la torta.—Todos conocimos que se había perdido cuando la vimos un domingo ir á misa llevando en el pecho una cruz de oro. A los catorce años! Primero la galantó el joven vizconde de Cormontreuil, que tiene su palacio á tres cuartos de legua de Reims; despues el caballero Enrique de Triancourt, caballero del rey; luego Chiart de Beaulion, sargento de armas; despues, descendiendo siempre, Guery Aubergeon, criado trinchante del rey; despues Macé de Frepus, barbero del delfin; y descendiendo de este modo, de menos joven á menos noble, cayó en manos de Guillermo Racine, juglar, y de Thierry de Mer, farolero. Al llegar hasta aquí, ya la pobre Chantefleuri era de todo el mundo: había llegado ya al último sueldo de su moneda de oro; todo esto en el mismo año de la consagración de nuestro rey.

Mahieta suspiró y enjugó una lágrima que brillaba en sus ojos.

—Pues no encuentro hasta ahora nada extraordinario en esa historia, y no sé que tenga nada que ver con gitanos ni con chiquillos, dijo Gervasia.

—Paciencia, replicó Mahieta; ahora aparecerá el chiquillo. En el 66, diez y seis años atrás, por San Pablo, Paquita dió á luz una niña. La desgraciada tuvo grande alegría, porque deseaba tener un hijo ya mucho tiempo. Su madre, buena mujer, que no supo hacer en toda su vida otra cosa que cerrar los ojos, había ya muerto. Paquita no tenía ya á quién amar ni quién la amase. Desde cinco años atrás que tuvo el primer deslíz estaba sola, sola en la vida, señalada con el dedo, azuzada cuando salía de casa, zurrada por los soldados y escarnecida por los pillos. Había cumplido veinte años, y veinte años es la edad de vejez para las prostitutas. La prostitución empezó á ofrecerla tan poco como su antiguo comercio; cada arruga que le salía le robaba un escudo; de modo que el invierno se presentaba terrible para

ella, sin leña en el hogar y sin pan en la alacena. No podía trabajar, porque dedicándose á la voluptuosidad se había hecho holgazana, y sufría mucho más, porque siendo holgazana se había hecho voluptuosa; así se explica el cura de Saint-Remy por qué esas mujeres tienen más frío y más hambre cuando son viejas.

—Será así, contestó Gervasia; pero ¿y los gitanos?...

—Ten paciencia, Gervasia, replicó Oudarda, que era menos impaciente. ¿Qué quedaría para el fin si se dijera todo al principio? Continúa.

Mahieta prosiguió:

—Paquita, pues, estaba muy triste y era muy miserable; pero en medio de su vergüenza, de su locura y de su abandono, parecióle que estaría menos avergonzada, menos loca y menos abandonada si hubiese algo ó alguno en el mundo á quien ella pudiese querer y que la quisiese. Era preciso que ese alguien fuese un niño, porque solo un niño podía ser bastante inocente para eso. Esto lo había conocido Paquita despues que probó á amar á un ladrón, el único hombre que pudiera haber hecho caso de ella, pero al cabo de poco tiempo conoció que el ladrón la despreciaba. Esa clase de mujeres necesitan un amante ó un hijo para ocupar su corazón; si no lo tienen son muy desgraciadas. No pudiendo ya tener amante, sus deseos se concentraron en tener un hijo, y como no había cesado de ser buena cristiana, se lo pidió á Dios de todo corazón; Dios tuvo compasión de ella y le dió una niña. Su alegría fué inmensa; estallaba en una fúria de lágrimas, de caricias y de besos. Ella misma se crió á su hija y la hacía mantitas de su cubrecama para abrirla, porque no tenía otro, y ya no sintió hambre ni frío; tanto, que volvió á estar hermosa, y de soltera vieja se convirtió en madre joven. Volvió á empezar el tráfico galante y la Chantefleuri volvió á encontrar chalanes para su mercancía, y de su producto hizo ropas, baberos, almillas de encaje y gorritos de raso.—Eustaquio, ya te he dicho que no te comas la torta.—La niña Inés, que así se llamaba, estaba tan fajada con cintas, bordados y encajes como una delfina del Delfinado: tenía, entre otros, unos zapatitos que no los ha gastado iguales sin duda el rey Luis XI. Su madre se los había cosido y bordado, empleando en ellos todos los primores de su habilidad y tantas lentejuelas como para la falda de una Virgen. Eran un par de zapatitos de color de rosa lo más

bonitos que se puede imaginar, pequeños como sus diminutos piés.

—Cuando tengais hijos, querida Oudarda, vereis que no hay nada tan bonito como sus pisesitos y sus manecitas.

—Mucho lo deseo, contestó Oudarda suspirando, pero espero que quiera tenerlos el señor Andrés Musnier.

—No era lo único que tenía bonito la hija de Paquita, prosiguió diciendo Mahieta; yo la ví cuando había cumplido cuatro meses y era una preciosidad. Tenía los ojos más grandes que la boca, y el cabello, negro y fino, se le rizaba ya. Hubiera sido una morenita irresistible á los diez y seis años: su madre cada día estaba más loca por ella; la acariciaba, la hacía cosquillas, la lavaba, la vestía con lujo y se la comía á besos. No dejaba de dar gracias á Dios por haber oído sus ruegos y satisfecho su deseo.

—El cuento me gusta, ¿pero qué tiene que ver con las gitanas? dijo Gervasia casi en voz baja.

—Ahora lo vereis, le contestó Mahieta, que la oyó. Llegaron un día á Reims una especie de caballeros muy singulares; eran todos ellos mendigos y pillos, que recorrían el país conducidos por un duque y por sus condes. Eran densamente morenos, tenían el pelo negro y rizado, y llevaban en las orejas anillos de plata; las mujeres eran aun más feas y más negras que los hombres; llevaban la cara siempre descubierta y no gastaban más ropa que un miserable zagalejo, una manta de cuerda sobre los hombros y el pelo lo llevaban tendido como cola de caballo. Los chiquillos, que se les enredaban por entre las piernas, hubieran causado miedo á un mico; aquella gente era una partida de excomulgados: venían en línea recta del bajo Egipto á Reims por Polonia; el Papa los había confesado, segun se decía, y les había impuesto la penitencia de ir siete años seguidos recorriendo el mundo sin poder acostarse en cama; se llamaban Penitenciaros y echaban un olor tan malo que hedían. Se decía que antes habían sido sarracenos y creían en Júpiter, y que reclamaban diez libras tornesas de todos los arzobispos, obispos y abades de báculo y mitra, que para eso les había dado el Papa una bula. Venían á Reims á decir la buenaventura en nombre del rey de Argel y del emperador de Alemania; no fué necesario saber más para que se les prohibiese entrar en la ciudad, y fué á acampar toda la cuadrilla junto á la puerta de Braine, sobre un cerro,

en el que hay un molino al lado de los huecos de las antiguas canteras; todo Reims fué á verlos. Os examinaban las manos y hacían profecías maravillosas; eran hombres capaces de pronosticar que Judas sería papa. El rumor público, sin embargo, los acusaba de robar niños y bolsas y de comer carne humana. Los más prudentes decían á los más atrevidos: "No vayais,, y luego ellos iban á consultarles de escondite, porque iba á verlos todo el mundo; verdad es que decían cosas que hubieran asombrado á un cardenal. Las madres estaban muy huecas de sus hijos desde que las gitanas les habían leído en las rayas de la mano toda clase de milagros, escritos en ella en pagano ó en turco; una madre tenía un hijo que sería emperador, otra uno que sería papa y otra uno que sería capitán. La pobre Chantefleuri quiso conocer también el porvenir de su hija y saber si un día su preciosa Inesilla sería emperatriz de la Armenia ó cosa parecida. Llevóla, pues, donde estaban los gitanos, y fué tanto lo que las gitanas la besaron, acariciaron y se extasiaron al verla, que llenaron de alegría á la cariñosa madre. Celebraron, sobre todo, en Inesilla los hermosos piés y los preciosos zapatos; ella no había cumplido aun el primer año; ya balbuceaba algunas palabras y reía con su madre como una loquilla; estaba gordita y redonda como un angelito; los gitanos la asustaron tanto que lloró; pero la madre la llenó de besos y se fué muy contenta de la buenaventura que predijeron á su hija. Esta tenía que ser hermosísima, virtuosa y reina, por lo que volvió á su tugurio de la calle Folle-Peine orgullosa de tener en casa una reina. Al día siguiente aprovechó un momento en que la niña dormía en su cama (porque siempre se acostaba con ella); dejó la puerta entreabierta con mucho tiento para no despertarla, y fué á contarle á una vecina que Inés, andando el tiempo, llegaría á estar servida en la mesa por el rey de Inglaterra y el archiduque de Etiopía, y otras cosas igualmente sorprendentes. Al volver á casa, no oyendo lloros ni gritos, al subir la escalera, dijo para sí:—Bien; está durmiendo todavía; pero halló la puerta más abierta que la había dejado: entró y, pobre madre! corrió al lecho... estaba vacío; su hija no estaba allí; solo había en la cama uno de sus preciosos zapatos. Se lanzó fuera de la habitación, tiróse por la escalera abajo y empezó á golpear las paredes con la cabe-

za, gritando. Mi hija!... ¿quién tiene á mi hija? quién me ha robado á mi hija? La calle estaba desierta, la casa aislada; nadie pudo contestarle. Corrió por la ciudad registrando las calles durante todo el día, loca, delirante, terrible, husmeando á las puertas y ventanas como una fiera que ha perdido sus cachorros. Estaba jadeante, desencajada, furiosa, y tenia en los ojos tal fuego que secaba sus lágrimas. Detenia á los transeuntes, gritándoles: ¿Dónde está mi hija? ¡Del que me devuelva mi hija seré criada, seré un perro, y me comerá el corazón si lo quiere! Encontró al cura de Saint-Remy y le dijo: ¡Señor cura, cavaré la tierra con las uñas, pero dadme mi hija! Partía el alma oírlo, Oudarda; yo ví que un hombre muy duro, el procurador Ponce Lacabre, lloraba. Cuando por la noche volvió á su casa, le dijo una vecina que habia visto, mientras ella estaba ausente, que entraron en ella dos gitanas silenciosamente con un paquete debajo del brazo, y que luego bajaron, cerraron la puerta y huyeron precipitadamente, y que despues que éstas se marcharon se oían en la habitacion de Paquita gritos de niño. Echóse la madre á reír á carcajadas, subió ligera la escalera como si tuviese alas, echó de un golpe la puerta á tierra y entró. ¡Qué cosa tan horrible vió, Oudarda! En vez de su preciosa Inesilla, tan fresca y tan colorada, encontró un pequeño monstruo repugnante, cojo, tuerto, jorobado, contrahecho, que se arrastraba chillando por el suelo. La infeliz se tapó los ojos horrorizada.—¡Oh, exclamó; si esas hechiceras habrán metamorfoseado á mi hija en este animal espantoso! Sacaron de allí en seguida á aquel pequeño monstruo, cuya vista á la larga la hubiera vuelto loca; debia ser ese fenómeno el aborto de una gitana que se hubiera entregado al diablo. Demostraba tener cerca de cuatro años; hablaba una lengua que no era humana, compuesta de palabras extrañas. La Chantefleuri se apoderó del precioso zapato, que era lo que la restaba del sér que amaba con idolatría; permaneció contemplándole tanto tiempo, inmóvil, muda y sin respirar, que creían que habia muerto. De repente empezó á temblar, cubrió de besos furiosos su reliquia y se desahogó en sollozos, como si su corazón acabase de reventar. Os aseguro, Gervasia, que allí llorábamos todas. La infeliz exclamaba: Oh, hija mia! ¿Dónde estás? y aquellas palabras y aquel acento nos

desgarraban las entrañas. Lloro todavía cuando lo recuerdo, porque los hijos son la médula de nuestros huesos. La Chantefleuri se puso en pié de súbito y echó á correr por las calles de Reims, gritando: Al campamento de los gitanos! ¡Vengan conmigo los soldados y vamos á quemar á las brujas!... Pero los gitanos levantaron sus tiendas y habian partido; la noche era muy oscura y no fué posible perseguirlos. Al día siguiente, á dos leguas de Reims, en un soto, entre Gueux y Tilloy, se hallaron los restos de una gran hoguera, algunas cintas que pertenecian á la hija de Paquita, gotas de sangre y excremento de macho cabrío. La noche anterior habia sido *sábado*; por eso nadie dudó que las gitanas le hubiesen celebrado allí y que hubiesen devorado á la criatura, como es uso y costumbre entre los mahometanos. Cuando la Chantefleuri supo todo eso, no lloró, meneó los labios como si quisiera hablar, pero no pudo; al día siguiente amaneció con el cabello blanco, y al otro día desapareció.

—Esa historia es terrible y haria llorar á un borgoñon, dijo Oudarda.

—Ya no extraño, añadió Gervasia, que tengais tanto miedo á los gitanos.

—Y habeis tenido más motivo para huir de ellos con Eustaquio, porque se dice que esos gitanos son de Polonia.

—No, replicó Gervasia; se dice que vienen de España y de Cataluña.

—Bien; pero lo que no tiene duda es que son gitanos, respondió Oudarda.

—Y tienen los dientes bastante largos para comer criaturas, añadió Gervasia. No me admiraria que Esmeralda se los comiese tambien de vez en cuando, á pesar de tener pequeña y delicada la boca; su cabra es demasiado maliciosa para no encubrir algun libertinaje.

Mahieta andaba silenciosamente, embobada en la vaga distraccion que produce la prolongacion de una relacion dolorosa y que no termina hasta llevar su sacudimiento de vibracion en vibracion hasta las últimas fibras del alma.

—¿No se ha sabido qué es de la Paquita? la preguntó Gervasia. Mahieta no respondió. Gervasia repitió la pregunta, sacudiéndola el brazo y llamándola por su nombre. Mahieta salió entonces de su abstraccion.

—Qué ha sido de la Chantefleuri? dijo repitiendo maquinalmente las palabras cuya impresion estaba aun reciente en sus oidos; y luego, haciendo un esfuerzo para fijar la atencion en su sentido,

contestó:—Ya no se ha sabido de ella. Unos dicen que la vieron salir de Reims, al anochecer, por la puerta Flechembault; otros, al rayar el día, por la antigua puerta Bassé. Un pobre se encontró su cruz de oro enganchada en la cruz de piedra del campo donde se celebra la féria; esa joya fué la que la deshonró en el año 61, y fué regalo de su primer amante, el vizconde de Cormontreuil, y Paquita nunca quiso deshacerse de ella ni en los días de su mayor miseria. Estimaba esa joya como á su propia vida; por eso cuando supimos que la habia abandonado, creimos que habia muerto su poseedora. Sin embargo, dijeron unos hombres en la taberna des Vantes que la habian visto pasar por el camino de Paris, andando sobre piedras y con los piés descalzos; para eso era preciso que hubiera salido por la puerta Vesle, y esto no concuerda con lo demás, ó por mejor decir, yo creo, en efecto, que salió por la puerta Vesle, pero fué para el otro mundo.

—No os comprendo, dijo Gervasia.

—El Vesle, respondió Mahieta con sonrisa melancólica, es el río.

—Creeis que murió ahogada? preguntó Oudarda estremeciéndose.

—Creo que sí; ¿quién le hubiera dicho al buen viejo Guybertant, cuando pasaba por debajo del puente á flor de agua cantando en su barca, que algun día pasaria tambien su hija Paquita por debajo de aquel mismo puente, pero sin barca y sin cantar?

—Y el zapatito? preguntó Gervasia.

—Desapareció con la madre, contestó Mahieta.

Oudarda, que era una mujer gruesa y sensible, se satisfacía con suspirar al mismo tiempo que Mahieta; pero Gervasia, que era más curiosa, continuó preguntando:

—Y el monstruo?

—¿Qué monstruo? interrogó á su vez la provinciana.

—El que dejaron las brujas en casa de la Chantefleuri á cambio de Inesilla. ¿Qué hicisteis de él? ¿Le ahogásteis tambien?

—No, respondió Mahieta.

—Le quemarian; en efecto, eso debia ser. Un niño brujo!

—Ni una cosa ni otra, Gervasia. El señor arzobispo se interesó por el gitaniello, le exorcizó, le bendijo, le sacó el diablo del cuerpo y le envió á Paris para que le expusieran en el átrio de Nuestra Señora como á niño expósito.

—Esos obispos, contestó Gervasia refulfuñando, porque son sábios no hacen nada como los demás. ¡Vaya una ocurrencia! Poner al diablo en la Inclusa! Porque es seguro que aquel monstruo seria el diablo. ¿Qué le ha sucedido en Paris? Porque supongo que ninguna persona caritativa habrá querido recogerle.

—No sé, respondió la provinciana; precisamente por aquel tiempo compró mi marido la notaría de Berú, que dista dos leguas de la ciudad, y no he vuelto á saber nada de ese asunto; además, las dos colinas que hay delante de Berú hacen perder de vista las torres de la catedral de Reims.

Hablando de este modo llegaron las tres amigas á la plaza de la Grève. Distruidas pasaron sin detenerse ante el breviario público de la Torre-Roland y maquinalmente se dirigian hácia la picota, á cuyo alrededor aumentaba la muchedumbre sin cesar. Es posible que el espectáculo que atraía todas las miradas en aquel momento las hubiera hecho olvidar la cueva de la reclusa y la estacion que se proponian hacer allí, si el tragon Eustaquio, niño de seis años, que llevaba Mahieta de la mano, no se lo hubiera recordado de pronto.

—Madre, la dijo, como si el instinto le advirtiera que habian ya pasado de la cueva de la reclusa; ¿puedo ahora comerme ya la torta?

Si Eustaquio hubiera sido más diestro, ó, por mejor decir, menos gastrónomo, hubiera esperado más tiempo, y solo al volver á casa el Sr. Andrés Musnier hubiera aventurado la pregunta: ¿puedo comerme la torta? Pero hecha fuera de sazón, llamó la atencion de Mahieta.

—Ahora caigo, dijo á sus amigas, que olvidamos á la pobre reclusa. Vamos á la Torre-Roland, que quiero darla esta torta.

—Pues vamos á hacer esa obra de caridad, contestó Oudarda.

No eran estos los deseos de Eustaquio.

—Pues, mi torta! exclamó, levantando los hombros hasta las orejas, lo que en semejante caso es el signo supremo del descontento.

Deshicieron lo andado las tres mujeres, y cuando llegaron á la cueva de la Torre-Roland, dijo Oudarda á las otras dos:

—No miremos las tres á un tiempo por la ventanilla para no asustar á la reclusa. Haced vosotras como que leéis

en el breviario y yo me asomaré, que á mí me conoce. Os avisaré cuando podais mirar.

Oudarda se adelantó y se asomó á la ventanilla; en el momento en que sus miradas penetraron en la cueva, lástima profunda se pintó en todas sus facciones, y su alegre y franca fisonomía mudó tan de repente de expresion y de color, como si hubiera pasado de un rayo de sol á un rayo de luna; sus ojos se humedecieron y su boca se contrajo, como cuando se vá á llorar. Un instante despues puso un dedo sobre los labios é hizo seña á Mahieta para que se acercase.

Llegó Mahieta silenciosa, conmovida y de puntillas, como cuando nos acercamos al lecho de un moribundo.

Triste espectáculo, en efecto, se presentó á la vista de las dos mujeres, mientras miraban, inmóviles y casi sin respirar, por la ventanilla enrejada.

La celda era estrecha, más ancha que profunda, embovedada en forma ojiva; vista por el interior se parecia bastante á una gran mitra de obispo. Sobre las resquebrajadas losas del pavimento, en un ángulo, estaba sentada una mujer, ó mejor dicho, acurrucada; apoyaba la barba contra las rodillas, que sus dos brazos cruzados apretaban con fuerza contra el pecho. Replegada así sobre sí misma; vestida con un saco de color oscuro, que la envolvía de piés á cabeza entre sus anchos pliegues; caidos hácia delante sus largos cabellos grises, que la cubrian el rostro y las piernas hasta los piés, presentaba á primera vista una forma extraña, destacada sobre el fondo tenebroso de la celda; una especie de triángulo negruzco, que el rayo de luz que penetraba por la ventana dividia crudamente en dos matices, uno sombrío y otro iluminado. Era uno de aquellos espectros mitad sombra y mitad luz, como se ven en los delirios ó en las obras extraordinarias de Goya, pálidos, inmóviles, siniestros, acurrucados sobre un sepulcro ó agarrados á la reja de un calabozo. No era una mujer, ni un hombre, ni un sér viviente, ni una forma definida; era una figura, una especie de vision, en la que se entrecortaban lo real y lo fantástico, como la sombra y la luz. Apenas entre sus cabellos tendidos hasta el suelo se distinguia su perfil macilento y severo; apenas su falda daba paso á la extremidad del pié desnudo, que se crispaba sobre el pavimento rígido y helado. Lo poco que de la forma

humana se entreveia por debajo de aquel ropaje funeral horrorizaba.

Aquella figura, que cualquiera hubiera creido clavada en las losas, parecia no tener movimiento, ni ideas, ni vida. Bajo aquel sutil saco de lienzo en Enero, yaciendo desnuda sobre un piso de granito, sin fuego, en la sombra de un calabozo, cuyo respiradero oblicuo solo dejaba llegar de fuera el frio, pero no el sol, parecia no sentir ni padecer, y que, como el calabozo, se habia hecho piedra y como la estacion hielo. Tenia las manos cruzadas y los ojos fijos; á primera vista parecia un espectro, y cuando se la contemplaba un rato, una estátua. Sin embargo, por intervalos se abrian para respirar sus labios azulados y temblaban, pero tan maquinales y tan muertos como hojas secas que se separan al soplo del viento. Sin embargo, de sus ojos apagados se escapaba una mirada, mirada inefable, lúgubre, imperturbable y siempre fija en un ángulo de la celda, que no podia verse desde fuera; una mirada que parecia aglomerar todas las sombrías ideas de aquella alma desesperada en no sé qué objeto misterioso.

Tal era la penitente de la cueva de la Torre-Roland.

Las tres mujeres, porque Gervasia se habia reunido con Mahieta y con Oudarda, miraban por la ventanilla enrejada. Sus cabezas interceptaban la escasa luz del calabozo, sin que la miserable á quien de ella privaban pareciese que lo advertia.

—No la interrumpamos, dijo Oudarda en voz baja; está en éxtasis, reza.

Entre tanto Mahieta examinaba con ansiedad siempre creciente la cabeza macilenta y espeluznada de la penitente, y sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Seria caso singular! exclamó.

Metió la cabeza por entre las rejillas de la ventana y logró internar la mirada hasta el ángulo en que tenia clavada la vista la infeliz. Cuando Mahieta sacó la cabeza de la ventana tenia el semblante inundado de lágrimas.

—Cómo llamais á esa mujer? preguntó á Oudarda.

—La llamamos la hermana Gudula, respondió ésta.

—Pues yo, repuso Mahieta, yo la llamo Paquita Chantefleuri.

Entonces, poniéndose un dedo en la boca, hizo seña á la asombrada Oudarda de que metiese la cabeza por la ventana y que mirase.

Miró Oudarda y vió en el ángulo don-

de clavaba la vista la reclusa con sombrío éxtasis un zapatito de raso de color de rosa, bordado con lentejuelas de oro y plata. Miró tambien Gervasia despues, y las tres mujeres, teniendo lástima de la desventurada madre, se pusieron á llorar.

Ni sus miradas ni sus lágrimas distrajeron á la reclusa; sus manos permanecieron cruzadas, sus labios mudos, sus ojos fijos; pero para los que sabian la historia de la reclusa, aquel zapatito, mirado eternamente de aquella manera, desgarraba el corazon.

Las tres mujeres no habian pronunciado aun una sola palabra, no se atrevian á hablar ni en voz baja. Aquel gran silencio, aquel gran dolor, aquel gran olvido, en el que todo habia desaparecido menos un objeto insignificante, las impresionaba á las tres como un altar mayor en dia de Pascua ó de Navidad. Callaban, meditaban y sentian deseos de arrodillarse, pareciéndoles que acababan de entrar en una iglesia en el dia de las tinieblas.

Por fin Gervasia, la más curiosa de las tres y por consiguiente la menos sensible, probó á hacer hablar á la reclusa.

—Hermana, hermana Gudula!...

La llamó tres veces, levantando la voz más cada vez; pero la reclusa ni se meneó, ni dijo una palabra, ni lanzó una mirada, ni un suspiro, ni dió señales de vida.

Despues Oudarda la llamó con acento más dulce y cariñoso; pero ella continuó guardando el mismo silencio y la misma inmovilidad.

—Qué mujer tan particular! ¡no la despertará ni una bomba! exclamó Gervasia.

—Puede que esté sorda, dijo Oudarda suspirando.

—O ciega, añadió Gervasia.

—O muerta, repuso Mahieta.

Si el alma no habia abandonado ya á aquel cuerpo inerte y aletargado, por lo menos se habia retirado y escondido en tales profundidades, que no podian llegar á ellas las percepciones de los órganos exteriores.

—Será preciso, dijo Oudarda, dejar la torta en la ventana, pero la cogerá algun pillastre. ¿Qué haríamos para despertarla?

Eustaquio, distraido hasta aquel momento por un carretoncillo que arrastraba un perro grande y que acababa de pasar, advirtió entonces que sus tres conductoras miraban algo por la ventanilla; le picó la curiosidad y se encaramó has-

ta un poyo, se puso de puntillas y aplicó á la reja su grueso y colorado semblante, gritando:—¡Madre, yo tambien quiero verlo!

La voz del niño, clara, fresca y sonora, estremeció á la reclusa. Volvió la cabeza con el movimiento seco y brusco de un resorte de acero, sus descarnadas manos separaron los cabellos que le ocultaban la frente y fijó en el niño una mirada atónita, amarga y desesperada. Aquella mirada fué un relámpago.

—Dios mio! Dios mio! exclamó de repente, ocultando la cabeza entre las rodillas; ¡al menos no me hagais ver otros!...

—Buenos dias, señora! la dijo el chiquillo con gravedad.

Entre tanto la impresion que recibió la desventurada madre la habia despertado, digámoslo así. Un escalofrío prolongado corrió por todo su cuerpo desde la cabeza hasta los piés; rechinaron sus dientes y medio alzó el rostro, apretando los codos contra las caderas y cogiéndose los piés con las manos para calentárselos.

—Oh, qué frio tengo!...

—Pobre mujer! ¿Quereis que os traiga fuego? le preguntó Oudarda profundamente conmovida.

Meneó la cabeza haciendo signo negativo.

—Pues entonces, repuso Oudarda presentándola un frasco, aquí teneis hipocrás que os abrigará el estómago. Bebed.

Movió la reclusa otra vez la cabeza como antes, miró á Oudarda fijamente y la respondió:—Agua.

—No, hermana, esa bebida es perjudicial en Enero. Es necesario que bebais un poco de hipocrás y comais esta torta de maiz que hemos cocido para dárosla, insistió en decirle Oudarda.

Rechazó la reclusa la torta que le presentaba Mahieta y dijo:—Pan negro.

—Vamos, dijo tambien Gervasia, movida á compasion y quitándose su abrigo de lana; aquí teneis esto que os abrigará más que vuestro traje. Echáosle sobre los hombros.

La reclusa rehusó el abrigo, como habia rehusado el frasco y la torta, respondiendo:—Un saco.

—Es justo que advirtais que ayer fué dia de fiesta, repuso Oudarda.

—Ya lo advertí, contestó la penitente. Hace ya dos dias que no tengo agua en el cántaro.

Luego añadió, tras breve pausa: